

¡ VIVA LA FEDERACION !

LA

M O D A ,

Sale los Sábados.

Subscription mensual 4 pesos.

Ejemplar 12 rs.

GACETIN SEMANAL,

DE MUSICA, DE POESIA, DE LITERATURA, DE COSTUMERES.

Véndese en esta imprenta, en la casa de los Eres. Steadman. Balcarce, y Mompicé.

N.º 19.] BUENOS-AIRES, MARZO 24 DE 1838.

DIALOGO SOBRE ALGUNA COSA IMPORTANTE.

No cansé Vd., D. Eleuterio, no ha de ser; mi hijo no ha de aprender en este país ni las primeras letras: irá á educarse á España, donde me he educado yo, y todos mis antepasados. Preferiré mas bien que viva y muestre sin conocer el *crístos*, por no tener el disgusto de verle imbuido en las doctrinas erróneas que se enseñan en la Universidad y academias de este país.

Perdone Vd., D. Alonso, yo no puedo conformarme con las ideas de Vd. La educación que se dá en este país á la juventud, es la que conviene á nuestras costumbres y principios republicanos, y.....

Bien, eso es lo que yo repruebo, y no sé como haya una persona que tenga dos dedos de frente que no se irrite al ver cuanto se desvían los ingratos descendientes de nuestros antepasados, de la senda por que ellos nos condujeron para instruirnos. No, Señor, los hijos no deben saber mas, ni deben ser mejores que los padres. Esa pretension de aventajarnos en saber y civilizacion, es la causa verdadera de la desmoralizacion de nuestras Americas. Esa mania de innovacion; ese furor de trastornar las sábias instituciones de nuestros sábios abuelos, ha hecho retroceder á los desconocidos herederos de la madre patria en la

carrera de la ilustracion. ¿Y con qué título.....

Señor D. Alonso, Vd. me pone en el caso de decirle que sus ideas sobre educacion son ya muy añejas; que se resienten, como es natural, de la que Vd. recibió bajo el régimen colonial; y me permitiré tambien observarle, que si su hijo ha de vivir en el siglo, es indispensable que esté al corriente de las ideas del siglo; que siendo el progreso continuo intelectual, el carácter distintivo de la edad presente, y con especialidad de las naciones mas cultas de la Europa, á cuyo frente estan la Alemania, la Francia y la Inglaterra, un jóven que tiene la suerte de educarse en estos tiempos, debe ceder al impulso saludable é irresistible de un agente tan poderoso. Pues qué ¿quiere Vd. que su hijo se limite á aprender á fuerza de zurriagazos á traducir un autor latino de poca dificultad, á retener de memoria algunos trozos de la filosofia de Jacquier ó de Altieri, y de los lugares teológicos de Cano ó Concina? ¿Podrá con estos conocimientos ser un miembro útil en una República representativa, en que del simple rol de ciudadanos son llamados los hombres á ocupar la silla de la primera Magistratura, y á desempeñar los empleos mas distinguidos? ¿Podrá, con esos estudios ocupar de un modo digno la tribuna, ó la cátedra del Espiritu Santo, decidir con acierto en los tribunales, de la fortuna, la vida y la honra de sus

compatriotas? ¿Podrá ser buen hijo, buen esposo, buen padre de familia? ¿Podrá ser buen artista: en fin, podrá ser un miembro mas bien útil que perjudicial á la Sociedad? No, Señor D. Alonso, desengañese Vd.; esos estudios españoles, y nada mas que españoles, solo sirven para formar españoles; para aumentar el número de los hombres rutineros, ciegamente apegados á las ideas y costumbres de nuestros amos, de nuestros conquistadores; solo sirven para acrecentar el número de los que tienen interes en resistir y retardar el progreso de las luces en el Mundo de Colon; que tienen enmohecido el cerebro por el no uso, y que están tan aheridos á todo lo que es viejo, á todo lo que es gótico, español, antiliberal, que mas bien se dejarán arrancar una mandíbula que una de las ideas legadas por sus antecesores; y para quiones. por último, de ninguna utilidad, de ninguna importancia ha sido la existencia y la mision de Pascal, de Locke, de Leibnitz, de Lord Bolingbroke, de D'Alenbert y otros genios á quienes tanto debe la filosofia y la humanidad. Pero Vd. es un...

Me sofoca Vd., D. Eleuterio, con su vocingleria, con sus disparates y con sus ideas libertinas—Déjeme Vd. de esas filosofías, y de esos que Vd. llama filósofos y genios, y que para mí, como para toda persona sensata, deben considerarse como la causa verdadera de los males que afligen la humanidad. Mi hijo, no se cansé Vd., no ha de hacer otros estudios que los que Vd. tanto reprueba, porque mi hijo, que no es mas que de una familia decente, no debe aspirar á otros que los que he tenido sus abuelos: los nobles los príncipes, y los soberanos mismos de nuestra peninsula, y los que son mas que suficientes para formar un....

Un hombre inútil á la sociedad, como Vd. Sr. D. Alonso, y como todos los que se han educado bajo los principios que Vd. proclama y que ya están exorcisados y anatematizados, por la razon y por la humanidad ¡quiera el cielo que su hijo de Vd.

Aquí D. Alonso impacientado tomó las de Villadiego, dejando á su interlocutor con la lengua en la boca, y

yo, que los oia de entre bastidores, tomé el camino de la Imprenta de Vd., Sr. Gacelin, para ponerle en pico este diálogo, seguro de que no lo echaba en saco roto. No faltará ocasion de hacerle otro chisme á

S. S. *El Regañon.*

BOLETIN COMICO.

INSTITUCIONES ORATORIAS DIRIGIDAS A LA JUVENTUD.

A la juventud, sí, porque esta generacion jóven se está criando muy rústica y muy abandonada. No parece que fuera hija de quien es.

Por otra parte, cuando la nieve fatídica de la tarde de la vida, comienza á blanquear en los cascos escarpados de una generacion decrepita, es para decirnos que está cercano el momento en que la naturaleza va á soltarla en la tumba. Entonces, para que con ella no se sepulden sus tradiciones, conviene apresurarse á inventariar esta herencia perpetua de los pueblos. Tal es el caso, (y sea todo por el amor de Dios) en que nos encontramos. Se vá á poner el sol de los padres de nuestros dias, y antes que los velos de la noche escondan sus figuras venerables, pintemos con rapidez sus facciones á la luz del crepúsculo que espira: lo cual quiere decir en romances, que ya nuestros antecesores estan muy viejos, y que debemos de apresurarnos á tomar sus costumbres oratorias, antes que vayan con ellas á la sepultura.

Las reglas que nosotros vamos á dar aquí, no son tomadas de ninguna de estas escuelas hechizas del dia, ni pertenecen á este siglo mocososo, ni á esta filosofía de ayer que huele á leche todavia; las mas de ellas tienen origen en la escuela inmortal que tiene por fundador y maestro, al ayo de Alejandro Magno. Se han salvado, gracias á los Pirineos, del catarro que ha sobrecojido á las tradiciones inteligentes del resto de la Europa y del mundo. Nosotros las tenemos de la Peninsula; y las conservamos y tratamos de conservar no obstante el contagio del virus moderno que nos acomete por todos los costados.

Por eso es, pues, que cuando los expresados nuestros antecesores disputan, contienden, ó riñen, son enteros á los Griegos y á los Romanos: la misma movilidad de acción, la misma gesticulación centellante, la misma melodía de prosodia. Los modernos quieren decir que esto es afectación, que es pantomima, mímica pura, ridiculez. Es porque no conocen lo pasado: es por envidia también, y esto es lo mas cierto. Nuestros antiguos lo saben bien, y por eso no hacen caso, y siguen tronando y maoteando, y muleteando á la griega.

Pero no hay mentira que no forje la envidia moderna. Para degradar el talento que no posee, cuenta que estas modulaciones de tono extremadas, esta gesticulación enérgica y fecunda, forman uno de los caracteres del lenguaje en su infancia; que algunos salvajes de los desiertos de Norte-América se comunicaban por gestos puramente, y que es de todos los salvajes y pueblos atrasados del mundo, el servirse de entonaciones y gesticulaciones extremadas en ayuda de un lenguaje indigente; sin duda para dar maliciosamente á entender que algo de esto sucede con nuestros predecesores.

Hablando de los modos de acción y tono oratorios, dice un ingles intruso, un tal Shakespeare: "use de todos con delicadeza, y en medio del torrente y la tempestad de la pasión, adquiere una templanza que pueda darle blandura." Quien habia de ser este, pues, sino un ingles ignorante, que nadie sabe de donde salió, ni como se formó, ni en que universidad estudió; que, de escobero de un teatro, de la noche á la mañana le entró por hacerse cómico, y en seguida autor. Sin conocer á Aristóteles, ni á Homero, qué pudo hacer? Hizo dramas como su cara; sin unidades, sin plan, sin fin, en formas locas, de su creación: vamos, sin un átomo de lo que constituye una buena comedia, ó tragedia segun las reglas incommutables y eternas del maestro Aristóteles.

En seguida, otro que bien baila, ingles también (par graciosos y animados) en tal Hugo Blair, nos pide que la acción y el tono sean modelados en todas las situaciones, sobre el tono regular de una conversacion digna y animada.

Razonar como se conversa! Hablar al público en el tono que se habla á la gente! Discurrir como hablando! En que tradicion, en que maestro ni discípulo de la escuela grande habrá visto semejantes desatinos! Hombre: nosotros no nos estamos chupando el dedo, no estamos con la leche en los labios; sabemos lo que es antigüedad; tenemos hombres antiguos para darle á la misma España, y no digo de la antigüedad media, sino de la edad de Aristóteles también, y no vemos jamas, ni hemos visto que ellos disputen ni razonen como hablan. Hablan de un modo y razonan de otro, y es como debe de ser. Por que, ¿qué es hablar? hablar no mas; y razonar es otra cosa muy distinta: razonar es hacerlo callar, taparle la boca al adversario, cuando no a gritos, á manoplazos á lo menos. Como lo vamos á indicar en las reglas que siguen.

Para decir una verdad grave y nueva, el orador debe de ponerse casi en cuclillas, como gato que va á saltar encima de un borno, si hemos de imitar á la naturaleza y á los Griegos á la vez, que también la imitarian sin cesar; debe abrir cada ojo como un peso fuerte, arquear las cejas, plegar la frente, estirar el hocico como para sorber un huevo caliente, y decir la palabra en una voz estreñida que parezca salir de la barriga. Es menester regirse siempre por estas analogias que existen constantemente entre los movimientos inteligentes y los movimientos materiales. En ellas estriba toda la teoria del lenguaje de acción. Así:—

—Para establecer un principio, se ha de dejar caer á plomo de punta, el dedo indicador; como cuando enterramos en una botella un corcho que no queria salir.

—Cuando para organizar ó conducir un sorites, se toquen algunas dificultades, no hay mas que acudir á los dedos; que el pulgar y el indice no mas son de sobra para dar en tierra con la cuestion mas peliaguda. La acción dialéctica de los dedos es tanta, entre nuestros antiguos, que estoy por decir, que para ellos, no hay mas instrumentos lógicos que cinco, y son los cinco dedos de la mano. Es un prodigio el verles perseguir y cazar con el dedo la verdad mas

arisca por entre las endecas y agujeros tortuosos de la ciencia.

—Para sentar una proposición de modo que no la levante nadie, no hay mejor medio que estrellarla contra una mesa con la palma de la mano: previniendo que cuanto mas recio haya sido el golpe, tanto mas inmovible será la verdad sentada, ó aplastada mas bien.

—Para poner una cuestión de peso, el orador debe apoyar los brazos en la cintura como en la *pieza inglesa*, guiar ligeramente un ojo, y menear blandamente el cuerpo y la cabeza, como majo que entabla una camorra.

—Uno de los medios de sorprender la razón del adversario, (porque no se trata de otra cosa) es de irle hablando despacito, y repentinamente, como perro cazador, taparle de un grito disforme dando una patada recia en el suelo.

—La voz baja, muy baja, que no se entiende, tiene un poder de misterio y de elocuencia irresistible. Este fenómeno se funda en la superstición que infunde todo lo que es secreto, y en la condición tambien á que la verdad vive destinada de vivir siempre oscura y reservada.

—Para ponderar la pequeñez de los argumentos del replicante, se debe enflaquecer la voz hasta el falsete mas agudo, imitando en lo posible los aullidos de los gatos recién nacidos.

—Reirse á pierna suelta de las razones del antagonista, es un recurso poderoso de elocuencia. Los modernos quieren que esto sea inmodestia y pésima crianza; sin embargo, era una costumbre griega, y nosotros no les hemos de enseñar crianza á los Griegos.

—Y reirse tambien del mismo antagonista, parodiar su lenguaje y su acción, decirle que no sabe lo que dice, que es un rudo, un bestia, un ignorante, es tambien una manera elocuente de anonadarle completamente. Y esto no es personal, ni es impropio; los Griegos lo tenían por costumbre en los tiempos de Demostenes, y se decían pestes en sus debates. Por eso es que nuestros antiguos lo hacen.

—Como se supone que los que razonan, no andan de prisa, porque esto de razonar para nuestros predecesores no es sino un modo de perder el tiempo, debe

el orador agarrar la palabra como caballo que agarra el freno, digámoslo así, para imitar mejor á la naturaleza, ó como albacea que se hace cargo de una testamentaria, y echarse á dormir á pierna suelta hasta que no se la quitan, despues de haber *deleitado* largo por ella. El orador debe huir como de la filosofía moderna, del defecto de hablar poco. Así se obscurecen todas las cuestiones. Es la manía fatal de este siglo. Los Franceses *salieron* á la tribuna con mil miramientos, y solo dicen cuatro palabras. Por eso andan tan bien sus cosas. En el día ya no se ven esos grandes escritores que hacían inmensos *infolios*. ¡Ah! no tiene Vd. un italiano del último siglo que, sin mas que por haber hecho una disertación de cincuenta fojas sobre los delitos y las penas, se ha llenado el mundo de su nombre? Puede darse una novelaria semejante? Y los graves Luca, Gutierrez, Burguillos, con mas volúmenes que canas, oscuros é ignorados!

—No se puede calcular el poder de convicción de las largas pausas enfáticas. Cuanta significación y cuanto sabiduría no encierran esos largos periodos de mudez, acompañados de un ceño austero, de unos ojos profundamente entrecerrados, de unos labios gravemente prolongados. Me atorra mas una de estas pausas que la lectura del primer comentarior español.

—No es cosa de tener al auditorio sin respiración ni tregua; á bien que la jornada es larga, y sobrado tiempo hay para descanso; que escupa, pues, y tussa á su gusto una vez que otra. El orador tambien debe desplegar entonces, y cuantas veces guste, un pañuelo blanco por requisito esencial, y sonarse con toda la energía de sus pulmones hasta hacer constar á los espectadores que ya no hay tropiezo dentro de las narices: el aseo, señor, en todo y ante todo. El pañuelo es una cosa tan esencial al orador como el abanico á una señora. Y tan imposible es hacer una visita sin abanico, como pronunciar un discurso sin pañuelo de orador.

—Se ha dicho que el orador debe de ser un torrente: esto es poco; debe de ser ademas un huracan, un terremoto, un torbellino, un infierno; debe de ser un

diluvio, un juicio final; sus brazos, su cabeza, piernas, espaldas, vestidos, todo debe de sacudirse y revolverse en todo sentido con tal celeridad, que parezca que al orador se le arde la camisa, ó como el disparar furioso de una carretilla sin giñete, ó como el corcovear de una mula que ha echado la cincha á la verija. Es imposible que los espectadores no se incendien á la vista de un tal espectáculo.

— Cuando el orador ha tenido la fortuna de concebir una de esas objeciones de 36 libras de calibre, digámoslo así, antes de ponerla, se ha de aproximar suavemente de costado al replicante, bien así como gallo que va á persuadir á la gallina; y despues de puesta, ha de quedar por un largo rato presentando una oreja como loro que presta atencion.

— Para dar robustez á una expresion, se la ha de repetir muchas veces. Cuando se ha dicho, por ejemplo: “estos testimonios son demasiado clásicos,” se ha de repetir todavía muchas veces: “demasiado clásicos... demasiado clásicos... demasiado clásicos...” Teniendo cuidado de disminuir progresivamente la voz y el movimiento, como *benteveo*, ó como pollino.

Son muy cortos los límites de este periódico para numerar todos los preceptos que pudieran darse á este respecto. Terminamos aquí, recomendando á la juventud reflexiva el estudio incansante de los modelos vivos que nos circundan por todos lados.

Figarillo.

UNA HORA DE LA VIDA.

El hombre no es un naufrago lanzado fatalmente á una isla desierta. Todos tienen una mision que cumplir, un rango que ocupar al pié del trono tumultuoso del pueblo. En la eleccion está el peligro. De ella depende la felicidad de los hombres y de las naciones. No es pues indigno de la juventud pensar con calma una vez en la vida, sobre la gloria á que debe aspirar. Pero hecha su eleccion debe marchar con paso firme y denodado. La vida es corta. Es triste correrla en menguadas indecisiones.

Ellas son tambien tesoros inagota-

bles de amargura para los pueblos. A las primeras severidades de la suerte, se duermen fatigados. Por eso, la libertad ha sido para la mayor parte, como las visiones nocturnas de un sueño. Solo un instante han sentido el placer de gozar sus beneficios. Cuando han intentado abrazarla, se ha escapado en los espacios, cual una querida tímida huye de su amante. Los pueblos, es cierto, no llegan de un salto al suelo de la libertad. ¡Es largo el camino, y triste muchas veces! Pero nunca perderán en él los que confundan la libertad con la anarquía, la paz con la muerte.

Yo no sé qué de silencioso y reservado en nuestra juventud, me ha sugerido estas reflexiones. Podría decirse sin una exageracion amarga, que vivimos en una época de egoismo y de ironía, de grandes zelos y locas ambiciones. Esta es la causa por que los jóvenes talentos, los corazones generosos y patriotas huyen la luz como la tumba de su entusiasmo. Es lástima. Su destino es ser soldados ardientes de la humanidad: su gloria no abilir jamas en sus almas la conciencia de la Pátria. Pero el temor del ridiculo es para ellos la espada de Damocles. Aunque sienten en sus venas una fiebre continua por explotar el mundo ideal, virgen y casto como nuestra naturaleza, no se atreven todavía á renegar su reposo. Es preciso sin embargo confesarlo: esto proviene de que en nuestra sociedad hay mas críticos que autores, como en otras partes hay mas médicos que enfermedades. Y lo que es peor, malos críticos. La lengua de estos seres funestos á la literatura, es un fuego devorador que inmolando en banquetes irónicos las pasiones mas sublimes del hombre. Nada se libra en el cielo ni en la tierra. Todo lo incendian: semejantes á aquella furia de la Grecia que por adquirir celebridad redujo á cenizas un magnífico templo.

Esto debería pensar la juventud ilustrada de nuestro pais, antes de exhalar sus quejas en estériles lamentaciones. A su despecho serán judaicamente interpretadas. En todo el mundo ha sido inevitable un duelo eterno entre la tradicion y las innovaciones, entre la

quietud y el progreso. Sócrates no ironizó la verdad en la religión pagana, sino á costa de su vida. ¡Y Jesu Cristo mismo fué crucificado por los hombres!

LA MUGER.

¿Cuál debe ser la misión de la mujer americana? Tal es la idea que nos ocupa; desde que una generación nueva, inteligente, ávida de conocimientos, se entrega con entusiasmo á profundizar las doctrinas benéficas, y progresivas del siglo 19.

Al paso que el hombre marcha con rapidez á su perfección, la mujer, el bello ideal de la creación, yace sumergida en la ignorancia, en la preocupación.

Quizás las observaciones que nos hemos propuesto hacer, desagradarán á nuestras hermosas lectoras; mas el amor, el respeto que las profesamos, puede mas en nosotros.

Es un error el creer que el hombre sea necesariamente superior á la mujer: el talento, el gusto, la delicadeza, son los atributos esenciales de este ser encantador. Las ventajas que el hombre tiene sobre ella, son hijas de la educación. Desconocida su naturaleza, se la cria mas para el agrado, que para consuelo de la humanidad. Alejada de toda ocupación seria, se entretiene con mil bagatelas; embuida en mil preocupaciones, se acostumbra á mil delicadezas. De aquí, la ligereza, la frivolidad de su carácter. Apenas aparece en el mundo, cuando el hombre pone el último sello á los defectos de su educación, haciéndola vana, coqueta, falsa. Cuanto mas afectada y caprichosa es una mujer tanto mayor es el círculo de sus vulgares adoradores. Persuadida que su principal condición es agradar, el lujo la deslumbra, un tocador absorbe sus preciosas horas, ó reclinada en un otómano, ojea rápidamente una insignificante novela. Las ocupaciones domésticas desatendidas; su razón inculta es semejante á la flor del desierto.

El ser creada para la dicha del padre, del esposo, del hijo, solo ofrece

ilusiones que desaparecen como el sueño. ¿Y puede ser esta la condición social de la mujer Americana? ¿La hija de una República vivirá en la ociosidad, en la molición, como la mujer aristocrática? Nó, su misión es otra. Destinada á formar las costumbres de una nación nueva, debe unir la sencillez á la elegancia, debe aspirar al desarrollo completo de todas las facultades con que la ha dotado la naturaleza. Inocente, pura, en el primer periodo de su vida, sus hermosos ojos sean el espejo de su alma, donde se pinten á la vez la indulgencia, la dulzura.

Llamada á llenar las obligaciones de esposa y madre, vele, presida los deberes domésticos, dirija la primera educación de sus hijos; inculque en sus tiernos corazones el amor á la Patria; colme de delicias la vida del compañero de su suerte. Pero esto supone un talento desarrollado, una razón cultivada. Entonces la mujer es un ángel tutelar, el ornato, el encanto de la sociedad; su conversación es mil veces mas seductora, su imaginación mas viva, su corazón mas sensible, su amistad mas tierna, su amor mas fiel.

Tal debe ser la mujer Americana.

IMPORTANCIA DEL TRABAJO INTELECTUAL.

El desprecio por el trabajo intelectual es la preocupación que en este siglo degrada mas á una sociedad; porque es una señal infalible de su ignorancia y de su atraso. La nuestra merece á este respecto una crítica severa, porque es justa. Los trabajos intelectuales están generalmente considerados como inferiores á las profesiones inmediatamente lucrativas; y en la *opinión vulgar* estudiar, es así como pasar el tiempo sin trabajar; para nosotros con semejante opinión ó preocupación, no solo se desconoce, sino que se desprecia y desacredita la fuente de todo progreso y de toda prosperidad.

Ninguna profesión industrial ó mercantil puede progresar donde no

progrese la ilustración y la inteligencia. Y así como esta es la parte principal del hombre, la que lo hace apto para todos sus trabajos, así también son los trabajos intelectuales los que determinan y dirigen todos los otros movimientos y trabajos con que una sociedad progresa y desarrolla. Estos trabajos son el *entendimiento social*, mientras que las profesiones industriales ó mercantiles, son como los brazos ó los otros órganos físicos, por decirlo así, que aplican y realizan lo que aquel inventa ó comprende; si aquel se paraliza, todos los miembros que no viven sino por él, se paralizan también: donde aquel concibe, y vive en actividad, todo vive y todo se mueve.

Sin duda que entre nosotros son mas los individuos que se dedican á tareas y profesiones industriales ó mercantiles que los que se dedican á tareas ó profesiones intelectuales, y es muy útil que así sea; pero lo que no es útil, y sí sumamente perjudicial es que vayan á esos trabajos sin ninguna educación literaria, sin ninguno de los principios científicos aun de la misma profesión que abrazan; y lo es mucho mas que después de estar en ellos, desprecien toda lectura filosófica y todo libro serio como agenos de su vida y de su rol; y que pierdan su tiempo de ocio leyendo, si lo hacen, novelas inmorales, vacías ó ridiculas—como el Hijo del Carnaval, la Abadesa, el Solitario, el Renegado y tanta otra que, como estas, no sirven sino para extraviar la razón y el gusto, y por hacerlos incapaces hasta de leer dos páginas seguidas, no solo de un libro serio y útil, sino también de un buen romance; de un romance como los de Walter Scott, los de Victor Hugo, Vigny, Saint-Beuve y demás romancistas de genio.

Así pues no se entienda que queemos que todo el mundo se dedique á las letras ó á las ciencias, y que se abandone toda profesión mercantil ó industrial: esta sería una opinión monstruosa que no se podría ni aun concebir en un siglo, que como este lleva por emblemas en su bandera de paz la *inteligencia* y la *industria*; y mucho menos, desde que nuestra profesión de fe es no alzar jamás una mano sobre

esta bandera y sus emblemas. Lo que queremos, porque debemos querer, es que todos preparen su inteligencia, que todos ilustren su razón, cualquiera que sea la profesión que hubieren de abrazar, que los unos estén prontos para aprender y los otros para enseñar; la tierra, es verdad, que no produce sin que la siembren, pero antes de sembrarla es necesario prepararla, arándola: de otro modo no fructifica la semilla.

Ahora bien. ¿Cual es la preparación que recibe aquí un comerciante, por ejemplo? Ninguna, á no ser que se llame tal, el servicio mecánico y útil talvez, que hace á un patron ignorante, mas ignorante que el jóven á quien (como se dice) *educa para el comercio*. ¿Si supieran lo que es comercio, su importancia y sus altos deberes, pudieran alguna vez creer, que era esta la única preparación propia de un comerciante? No; pero de todos modos, estas habitudes y educación son bien impropias como se vé para hacer comprender y apreciar el valor y la importancia de los trabajos intelectuales; y como la ignorancia no puede estimar la ciencia; como se destruyen del mismo modo que la luz y la obscuridad, toda especulación científica, toda investigación intelectual vienen á ser, para esta clase de personas, quimeras pueriles, ocupaciones de araganes. No lo dirían si hubieran pensado un solo momento en el hombre, y en el destino inteligente y social que ha recibido de Dios.

Todos los trabajos humanos son una misma cosa, son una misma inteligencia la inteligencia humana: aplicada á distintos objetos; todos ellos, pues, son como las ramas de un árbol que, aunque distintas en sí, reciben su vida y se desarrollan en fuerza del mismo principio. Si hay comerciantes ó capitalistas que desprecian las tareas de la inteligencia, es solo porque ignoran las estrechas y necesarias relaciones que hay entre ellas y esas profesiones que practican empíricamente, las que hay entre las ciencias y el aumento y circulación de los capitales. Si supieran que la literatura se ocupa del examen de las bellezas, así del pensamiento como del lenguaje

ge, verian que ellos necesitan mucho tener aunque no sea mas que algunos principios ó lecturas en esta materia; por lo mismo que pertenecen á una profesion que vive de la comunicacion de ideas y de intereses, comunicacion que será tanto mas facil, cuanto mas perfecto sea su language, y cuanto mas preciso y claro su pensamiento. Si supieran que son ciudadanos, sabrian que deben saber hablar y escribir bien; por lo mismo que son comerciantes ó industriosos, pues que no pocas veces se verán llamados á sostener sus derechos y sus intereses, á corporaciones y puestos donde tendrán que expresarse, por su bien individual y por el del pais, con alguna dignidad. Si algo se pretende al escribir estas lineas, es que se conozca la armonia que hay entre todos los trabajos, y destruir el espíritu mezquino de profesion, para que quede abierto un camino ancho á las ideas; se pretende hacer conocer que la inteligencia es la madre de todos los trabajos y de todos los progresos, y que los que la alimentan y la sostienen, son los principales elaboradores de la felicidad pública. El que habla aqui es un jóven que se dirige á los jóvenes, para decirles: que si sus padres llevaron á las profesiones industriosas y mercantiles buena fé y robustez de cuerpo, esto ha dejado ya de ser hoy suficiente, y que es necesario que los hijos, si quieren valer algo, agreguen la fuerza y la actividad de la inteligencia: que sepan que su deber es *trabajar en pensar bien; porque este es, como dice el gran Pascal, el principio de toda moral* (1).

Nada hay tan falso como creer que las verdades de las ciencias sean incompatibles ó inútiles para ciertos géneros de trabajos, ó bien que sean como los oráculos de las antiguas Sibillas, que solo entendieran y pudieran oír

los iniciados. Nó, las ciencias son la base de todos los oficios y profesiones; sus resultados y sus verdades pueden ser comprendidos por todos; porque su objeto no es otro que la utilidad general; y así es que aun aquellos que se creen mas lejos de ellas, no hacen sino practicar diariamente estos resultados y estas verdades. Pero entre todas hay una, indispensable para todo hombre, y es la moral. No hay arte, no hay ciencia ni trabajo alguno que no esté ligado á esto *gran todo*; la moral es la sociedad, y la sociedad es el hombre, es la inteligencia y la industria. Pero no se crea que la moral consiste en la inaccion, *el principio de toda moral, consiste, como dice el autor que acabo de citar, en aprender á pensar bien.* ¿Y hay entre nuestros comerciantes ó industriosos muchos que hayan estudiado sus principios? ¿Hay muchos que sepan siquiera que esta ciencia tiene principios que estudiar y que aprender?

Si deben conocerse las relaciones íntimas que unen todas las profesiones, no es menos necesario el no confundirlas, ni el conocer tambien las diferencias que las separan. Los individuos que no pertenecen á profesiones científicas, no necesitan mas que estar preparados para comprender los resultados de la ciencia; pero los que pertenecen á ellas son los que deben buscar y sacar esos resultados de la investigacion de la naturaleza y de la sociedad. Por consiguiente, así como la inteligencia es la que en cada hombre dirige su trabajo y determina sus progresos, así tambien son las profesiones intelectuales, las que en las sociedades dirigen los otros trabajos y determinan los progresos del cuerpo social: y en esto consiste su importancia y valor.

(Continuará.)

Editor responsable,

RAFAEL J. CORVALAN.

(1) Pascal.—Pensées. Connaissance générale de l'homme § VI.